

En vano Focas hizo la paz con los avares aumentándoles la subvención anual; no consiguió más que una paz ficticia durante la cual los avares y sus amigos los eslavones pasaron y repasaron la frontera y se extendieron casi sin obstáculo por toda la Mesia y las comarcas interiores de Dalmacia. A este grave mal se añadió que aunque Focas concentró las mejores fuerzas en Asia, no supo obtener allí ventaja ninguna ni como general ni como gobernante; y tan fanáticamente devoto como inepto, provocó además en aquella parte del imperio grandes y sangrientos desórdenes con su prurito necio de querer obligar a los judíos, que en el Oriente eran numerosísimos, a dejarse bautizar. Con esto no consiguió más que echarlos en brazos de la Persia que aprovechó estos nuevos aliados para extender sus conquistas, mientras desde la revolución de 602 iba desapareciendo cada vez más la disciplina en el ejército bizantino. Toda la Mesopotamia, con las plazas importantes de Amida, Dara y finalmente la misma Edesa cayeron en manos de los vencedores, que ya no encontraron obstáculos e inundaron toda el Asia Menor, llegando en el año 609 los jinetes persas hasta delante de los muros de Calcedonia (Scutari) en la orilla del Bósforo. Entonces dueño ya Cosroes de aquella parte del imperio, arrojó sus columnas sobre la Siria que quedó pronto humillada a los pies del vencedor.

Tan funestos golpes unidos al régimen interior horriblemente despótico del sanguinario Focas, que perseguía con inaudita ferocidad a todas cuantas personas le inspiraban sospecha, despertaron en Constantinopla el deseo de deshacerse de aquel tirano inepto y perverso, a cuyo fin el senado de la capital se puso secretamente en relación con el anciano general Heraclio, entonces exarca en Cartago, donde reinaba casi como soberano independiente. Heraclio aceptó el peligroso papel de libertador y puso sobre las armas un ejército y una escuadra respetables, enviando el primero a las órdenes de su sobrino Nicetas al Egipto, el granero del imperio, y de allí a Siria, mientras la escuadra, mandada por su hijo Heraclio, nacido en 575, pasó directamente al Bósforo en el otoño del año 610. Focas le opuso otra escuadra que quedó vencida en una batalla naval al pie de los muros del palacio imperial. Con esta derrota quedó sellada la suerte del usurpador, el cual fué entregado al furor del pueblo que acabó con él; y poco después fueron muertos también sus principales partidarios. Heraclio, el hijo, verificado en 5 de octubre de 610 su solemne entrada en la capital, fué proclamado emperador y fundó una nueva dinastía, la última de origen romano.

Por lo pronto no mejoró la situación del imperio con el cambio de monarca. Muy al contrario, cada día se presentó el horizonte político más sombrío. La toma de la importante capital de provincia Antioquía fué la primera noticia que el joven emperador recibió en 611 del teatro de la guerra, y durante muchos años se sucedieron solo noticias análogas a cual más lúgubres. En 614 se apoderaron los persas de Damasco, desde donde dominaron toda la Palestina. Los persas, árabes y judíos desesperados contra los cuales Heraclio continuó la fanática política de Focas, se vengaron inmolarlo cristianos, incendiando las soberbias iglesias construidas en tiempo de Constantino el Grande, y los primeros con el inmenso y precioso botín que hicieron, se llevaron también a Persia la cruz del Redentor. En los tres años siguientes conquistaron a Alejandría; renovando la marcha conquistadora de Cambises, llevaron el terror a toda la cuenca del Nilo hasta la Nubia, y por la costa llegaron sus veloces jinetes sembrando la muerte y la destrucción hasta Trípoli. Toda el Asia Menor estaba a merced de los vencedores que en 617 tomaron y saquearon a Calcedonia, y construyeron a

las mismas orillas del Bósforo un campamento fortificado en el cual se sostuvieron muchos años.

A tantos reveses no pudo oponer el nuevo emperador más que su paciencia, porque el increíble desgobierno y la gran confusión en el interior del imperio que el execrable Focas había engendrado y dejado a su sucesor como triste herencia, absorbió toda su atención y todo su tiempo. Heraclio necesitaba además dedicarse al inmenso trabajo de arbitrar recursos pecuniarios y restablecer y reorganizar las fuerzas militares, antes de oponerse a los bárbaros del Oriente, porque en su soberbia no quisieron entrar ni siquiera en negociaciones. Para preparar en semejantes apuros medios de ataque eficaces fué menester desprenderse de otras posesiones más distantes, menos útiles y también condenadas desde mucho tiempo a perderse por no poder ser conservadas sino a fuerza de inmensos gastos. Esto sucedía con las provincias españolas, donde no se sostuvieron los bizantinos sino con grandísimo trabajo contra el valiente rey visigodo Leovigildo que reinó desde 569 hasta 586. Por espacio de setenta años poco más o menos se habían sostenido en la costa desde Cartago hasta Lagos, cuando, en el tiempo más angustioso del reinado de Heraclio, el esforzado rey visigodo Sisebuto, que reinó desde 612 hasta 620, derrotó repetidas veces al general griego Cesario, y le cortó con su escuadra la comunicación con el Norte de Africa, adonde pasó y conquistó a Tánger. En tan apurada situación el emperador juzgó prudente no hacer más sacrificios de gente y dinero en aquella parte, é hizo la paz con el visigodo en 615 y 616, abandonándole todos los territorios ocupados por los bizantinos menos el Algarbe y algunas plazas marítimas del Mediterráneo.

Después de la pérdida de Egipto que proveía a la capital de trigo, quiso Heraclio trasladar en 618 el gobierno a Cartago, más fácil de abastecer de viveres sin acudir al Egipto, conservando a Constantinopla solo el carácter de plaza fuerte; pero renunció a este cambio cediendo a las súplicas del pueblo, de los notables y del heróico patriarca Sergio.

Al año siguiente llegaron en una de sus expediciones más horrorosas los avares hasta los muros de la capital. Volvió a hacerse la paz; pero como siempre no impidió que los avares envasen, siempre que les convenía, las tribus eslavas, sus vasallas, contra el imperio.

En el año 622 finalmente, después de haber tomado los persas la ciudad de Ancira en Galacia, Heraclio, reuniendo todas sus fuerzas, se encontró en situación de arrojar sobre estos enemigos implacables y vencedores. La empresa era no obstante temeraria, y la esperanza de éxito se basaba principalmente sobre la confianza que el emperador tenía en el valor heróico y en la perseverancia inquebrantable del patriarca Sergio. Encargóle de la defensa y conservación de la capital, y descuidado por esta parte, pasó con las mejores tropas directamente a Cilicia en el Asia Menor para cortar a las fuerzas persas la comunicación con su país, y establecerse luego en las comarcas armenias ribereñas del mar Negro, desde donde podía invadir la Persia a espaldas del ejército que esta tenía en el Asia Menor. Este plan tuvo un éxito feliz, y durante una serie de años operó Heraclio desde aquella base con notable fortuna en la misma Armenia, en los países al Mediodía y al pie del Cáucaso, en el Aderbiyan y en la Media. En el año de 626 fué cuando dió los golpes más decisivos. Había pasado el invierno con su ejército a orillas del río Halis; y allí supo que Cosroes hacia grandísimos armamentos, tal vez para pasar el Bósforo y caer sobre la capital y las provincias europeas. Para este fin Cosroes se había asegurado la cooperación de los avares, cuyos vasallos, los eslavones, cruzaban ya hasta por el Mar Egeo, amenazando a la misma isla de Creta. Heraclio envió 12,000 hombres de refuerzo a Constantinopla, y consiguió

aliarse con los cazares, pueblo de la raza de los búlgaros y turcos, que vivía a orillas del Mar Negro al Noroeste del Cáucaso. Desde entonces se puso la fortuna del lado de las armas bizantinas. Mientras el emperador se sostenía con una parte de las fuerzas en la Iberia del Asia Menor, aguardando que los cazares llegasen al Mar Caspio para penetrar en la Persia, su hermano Teodoro destruyó con otra división en la Pequeña Armenia las fuerzas persas que marcharon a su encuentro. Otra división persa, enviada a Calcedonia para embarcarse allí y socorrer a los avares en su ataque a la capital, quedó detenida en la costa asiática por la escuadra griega, y hubo de ver desde allí con los brazos cruzados cómo los ataques furibundos que daban a Constantinopla sus aliados, reforzados con las hordas auxiliares eslavas y gépidas, ataques que duraron desde el 29 de julio hasta el 8 de agosto, eran un día y otro día eficazmente rechazados, hasta que tuvieron los sitiadores que renunciar a su empresa. Tranquilizado Heraclio sobre la suerte de la capital, invadió en el año 627 con su ejército y 40,000 cazares la Asiria pasando por Atropatene, y el 12 de diciembre, en una gran batalla campal dada en el sitio donde algún día estuvo situada la antigua capital Nínive, derrotó al ejército enemigo. A consecuencia de esta victoria pudo apoderarse a principios del año siguiente de la ciudad de Dastacherd, entonces capital de la Persia, y amenazar hasta la ciudad de Ctesifonte. Entonces estalló en la corte de Persia una revolución de palacio. El feroz Siroes, hijo de Cosroes, asesino a su padre el rey; y para sentarse en el trono apresuróse en el mes de abril del mismo año a hacer las paces con Heraclio restituyendo al imperio bizantino todas las provincias que los persas le habían arrebatado desde el año 604, y también la sagrada cruz que se habían llevado de Jerusalén.

Con esto quedó quebrantada la fuerza de los reyes Sasánidas de Persia, y Heraclio pudo celebrar su triunfo en Constantinopla. Mas que este triunfo político y militar tan bien ganado, valió generalmente para los bizantinos y cristianos de aquella época de tanto fervor religioso, otro triunfo, cuando al año siguiente visitó el emperador a Jerusalén y volvió a erigir solemnemente en la altura del Gólgota la cruz reconquistada a los persas. Este día, el 14 de setiembre del año 629, se celebra todavía hoy en la Iglesia como una gran fiesta bajo el nombre de: «La exaltación de la Santa Cruz»

Tan estupenda victoria había costado sin embargo muy cara, porque se alcanzó sacrificando para siempre dos miembros importantes del imperio, a saber: las provincias que había reconquistado algún día en la península ibérica, y todo el Noroeste de la balcánica, ó sean los países comprendidos entre el Adriático y la Rumania actual, y que entonces se comprendían bajo el nombre de Dalmacia, y en parte la Istria. En España Suintila, sucesor de Sisebuto, y que reinó desde 621 hasta 631, se arrojó sobre las últimas posesiones que los bizantinos conservaban todavía en la península, y obligó a sus guarniciones en 623 y 624 a evacuar para siempre las últimas plazas marítimas que el emperador tenía en el Algarbe, quedando solamente las Baleares sujetas al imperio bizantino. En el Noroeste de la península balcánica se establecieron, después de devastar aquellos territorios, varias razas eslavas que todavía hoy los ocupan y que con su presencia han influido muchísimo en el cambio de fisonomía de toda la vasta península. Respecto de este punto se ha averiguado por las investigaciones históricas modernas que los avares, y con ellos los búlgaros y eslavones, asolaron repetidas veces las florecientes y ricas comarcas de la Dalmacia desde el año 568. Aquellos bárbaros feroces, tratando de pasar a Italia, asolaron también la Istria, que particularmente en el año 611 padeció horrorosamente a consecuencia de sus depredaciones

y excesos, pues se divertían matando a los infelices habitantes con crueldad refinada, empalándolos, quemándolos vivos, crucificándolos, cuando no los reducían a la esclavitud después de saquear y arrasar sus pueblos. Con esto y con la huida de los que pudieron efectuarla a tiempo a las plazas fuertes de la costa y a las islas inmediatas del Mar Adriático, quedaron despobladas y desiertas aquellas tierras, de suerte que cuando llegaron las ramas eslavas croata y servia, les fué facilísimo establecerse definitivamente allí y formar un reino puramente eslavo. Es una pura ficción atribuir su llegada al mismo emperador Heraclio, que según algunos creían, los había llamado como enemigos de los avares, cuando muy al contrario eran vasallos de estos, como casi todas las demás tribus eslavas en aquella región. Desde los llanos al pie de los Carpacios en la cuenca superior del Vístula y del Oder, penetraron, como los eslavones con el beneplácito de los avares, en la Servia, Herzegovina, Bosnia y Dalmacia actuales matando a los habitantes romanizados que allí habían quedado, y llegando hasta las costas del Adriático, desde donde muy pronto hicieron expediciones piráticas a todos los puntos ribereños. La única diferencia que hubo entre los croatas y servios, y las hordas eslavas que los habían precedido, fué que aquellas dos ramas no vivían ya exclusivamente de sus depredaciones y robos, sin afecto a nada, ni al territorio que accidentalmente ocupaban, sino que tenían ya la idea fija de establecerse definitivamente en aquella parte del antiguo imperio romano que todavía ocupan hoy. Como fecha aproximada de su aparición se admite hoy el año 620 de nuestra era. Introdujéronse a manera de cuña entre las ramas eslavonas que ocupaban ya la Carintia y la Panonia, y las ramas eslavas establecidas más al Este, favoreciendo de esta manera el desarrollo distinto que cada una de aquellas razas desde entonces ha tenido.

Respecto de la población que se había conservado en el país cuando se establecieron los croatas y servios en él, estaba desde largo tiempo romanizada y hablaba el idioma latino, pero siendo muy poco numerosa, quedaron pronto absorbidos por la raza eslava los que no se habían refugiado en algunas plazas fuertes de la costa y en las islas mayores Veglia, Arbe, Cherso y Lusina. En la costa conservaron de la antigua Liburnia la parte situada entre los ríos Arsa y Kerka con la antigua plaza fuerte y puerto de Jadera, nombre que los eslavos corrompieron en Zadar, y los italianos en Zara. Esta plaza jamás consiguieron conquistarla los eslavos, y además se libraron de la destrucción una población romana en la isla de Vergada, en eslavo Levigrad, situada entre Pasman y Morter, y en la costa entre el río Kerka y Durazzo, entre todas las poblaciones y ciudades tan solo la de Tragurium, hoy Tran y en eslavo Troghir, porque los habitantes se refugiaron en la próxima punta de tierra Bua, unida a la tierra firme por una angostísima faja. Sobre el origen de Cataro nada se sabe. Las ciudades de Spalato (Aspalatos) y Ragusa (Rausium) fueron fundadas entonces por romanos fugitivos de Dalmacia, cuando los croatas se apoderaron de la antigua ciudad de Salona. Entonces se refugiaron los habitantes en las islas cercanas y una parte se estableció más adelante en el inmenso palacio de Diocleciano, fácil de defender contra los ataques de los bárbaros, y que fué el núcleo al rededor del cual se formó poco a poco la ciudad de Spalato. Ragusa, en eslavo Dubroonik, fué fundada por una parte de los fugitivos de Salona, y otros de una ciudad llamada Epidauron, como la de Chipre, y que existía todavía en el siglo vi cerca del sitio donde hoy está Ragusa. Todas estas ciudades é islas que los eslavos no consiguieron conquistar fueron gobernadas como territorios bizantinos por un gobernador militar nombrado por el emperador, que residía en Jadera ó sea Zara, y dependían del exarca ó teniente general del emperador

en Rávena, mientras esta ciudad formó parte del imperio bizantino. Gozaban estos lugares el fuero municipal, gobernándose por sí mismas; pagaban al gobierno de Constantinopla solo un tributo anual, y le daban en casos de guerra un contingente en buques y marineros.



Estátua de bronce que se cree representa al emperador Heraclio. — Es la mayor obra de bronce que se ha conservado de la antigüedad. Tiene aproximadamente 3'40 metros de alto. Fué hallada sin piernas, que son obra moderna. La cabeza está ceñida de la diadema de perlas, ó sea la *corona* de los emperadores bizantinos. Se conserva en Barletta en la Pulla (Italia Meridional)

En cambio todos los territorios del interior habían caído en poder de aquellos dos pueblos que hoy se designan comúnmente con el nombre de eslavos del Sur. Los croatas, cuya importancia en el transcurso del siglo IX cedió en gran manera á la de los servios, se extendieron sucesivamente por la costa detrás de los restos de los romanos desde el río Arsa, la antigua frontera de Istria, hasta la embocadura del Cetina al Sur, mientras al Noroeste establecieron sus colonias hasta las fuentes del Kulpa y al Nordeste hasta el Plewa, afluente del bosniaco Werbas. Como se ve, la Bosnia estaba también en poder de los croatas, principalmente la cuenca del Bosna y más allá de la Baja Panonia, Sirinio, entre el bajo Save y el Danubio. Separados de estos dos últimos territorios, en los cuales los bosniacos se presentaron en el siglo X como formando parte de los servios, los «croatas dálmatas» se dividieron en catorce banatos ó tribus que ocuparon un territorio central, siendo sus ciudades principales Nona y Belgrado. A la cabeza de cada tribu tenían banes, primitivamente caudillos independientes, entre los cuales poco á poco se fué elevando al mando supremo uno de ellos.

Por último el pueblo servio, de cuya poderosa situación en

la península de los Balcanes en los siglos XI y XII hablaremos luego, después de establecerse al Sur del Save en un extenso territorio, al principio se dispersó, según parece, pero después debió de unificarse más. Entre las tribus septentrionales y orientales de este pueblo, entre el Drina y el Morava, y aun más allá, las que después se extendieron por la Bosnia fueron principalmente la de los timochanes junto á Timok y la de los branitzewos junto á la embocadura del Morava en el territorio llamado Branitzewo. En cambio, entre los servios de la costa, vecinos por el Sur de los croatas, había cuatro tribus: los narentanos entre el Cetina y el Narenta en el valle de este último, y en varias islas de la costa, desde donde ya en 633 hicieron expediciones piráticas; sus vecinos del Sur los zaclumos, que alcanzaron el mayor poder en aquel territorio y que ocupaban el interior del país desde el Narenta hasta los límites de Ragusa; los trabunios ó terbunios, cuyo nombre se conserva hoy en Tretiña y los cuales ocupaban la costa desde Ragusa hasta Cataro; y por último los duclianos, cuyo nombre viene de la ciudad de Dioclea, cuna de Diocleciano, situada junto al Zeta y Moracha, los cuales habitaban la costa desde Cataro hasta Antivari y en la parte interior del que después se llamó Montenegro (*Czerna gortza*) y lindaban ya al Sur con las fronteras de la provincia bizantina de Dirraquio. Por el mismo procedimiento que los croatas tuvieron los servios su ban ó jefe superior, que en los primeros tiempos fijó su residencia en Desniza junto al curso inferior del Drina. Pero pasó mucho tiempo, lo menos hasta el siglo IX, antes de que los servios pudiesen dominar á los de la costa y sobre todo á los narentanos.

A pesar de todo, el establecimiento de estos nuevos colonos fué muy peligroso para los bizantinos y pasaron muchos decenios antes de que su enemistad con los avaros y la aceptación del bautismo les pusieran en situación de entrar en relaciones con la corte de Constantinopla. Por su parte el emperador Heraclio no podía acostumbrarse á tratarlos como amigos; pero á su regreso del Asia comprendió que el imperio necesitaba la paz después de 30 años de luchas, para restablecer en el interior la administración, reorganizar la fuerza armada y unir íntimamente las provincias recobradas con las demás del imperio. En esta tarea pacífica y de gobierno se mostró Heraclio á la altura de su misión, y con sus acertadas medidas hizo posible que el imperio resistiera, aun en vida del mismo Heraclio, la espantosa tempestad que entonces salió de los desiertos de la Arabia para asolar todos los países cultos del Occidente.

Desgraciadamente imposibilitó la conservación permanente de las provincias asiáticas recuperadas á costa de ríos de sangre, con su afán, bien intencionado en el fondo, de restablecer la unidad del imperio también en el terreno religioso.

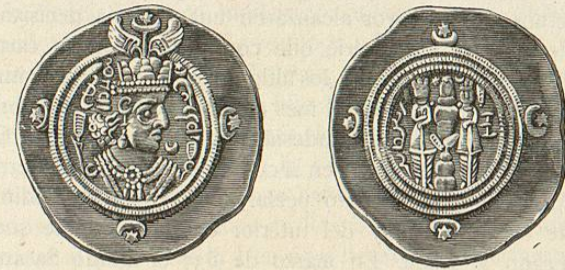
Las grandes y antiguas luchas eclesiásticas en el seno del imperio romano habían concluido con la proscripción del arrianismo por Teodosio I, bien que la contienda entre ortodoxos y arrianos continuó todavía mucho tiempo fuera del imperio en las nuevas monarquías germánicas; pero á falta de esta disputa, la tendencia innata en el Oriente de ocuparse en especulaciones dogmáticas, tendencia tanto más poderosa cuanto más inextricables y sublimes eran las cuestiones, encontró otros motivos de controversia religiosa, dando lugar á incesantes herejías nuevas, que á despecho de todo el rigor de los poderes civil y eclesiástico, conmovieron los pueblos cristianos hondamente durante todo el siglo V. La controversia más violenta, más prolongada y trascendental fué la que suscitó la teoría de Nestorio, obispo de Constantinopla desde el año 428, según la cual el Verbo no se había unido sino con la persona divina de Cristo, en quien había dos personas y dos naturalezas divina y humana. Nestorio fué

depuerto y su doctrina condenada en 431 por el partido contrario llamado de los alejandrinos y acudillado por el eminente pero terrible y fanático patriarca Cirilo. Mas no por eso cesó la lucha entre el clero, tanto que el partido alejandrino consiguió en el año 449 en el concilio de Efeso que fuese declarada dogma de la Iglesia la teoría monofisista del abad bizantino Eutiquio, que reconocía en la persona de Jesucristo solo una naturaleza, la divina. Esta teoría fué rechazada resueltamente en Roma y en todo el Occidente, no faltándole tampoco contrarios poderosos entre los cristianos de Oriente; de modo que para conciliar los extremos, el concilio de Calcedonia, presidido por el emperador Marciano en 451, propuso una fórmula intermedia según la cual existían en Jesucristo dos naturalezas distintas, pero reunidas en una sola persona. El mismo concilio dió también, como deseaban los alejandrinos, á la vírgen María el sobrenombre de *Theotocos* ó sea madre de Dios, contra el cual se había declarado antes Nestorio con gran decisión. Estas resoluciones sin embargo no restablecieron la unión en el seno de la Iglesia de Oriente. Muchísimos partidarios de Nestorio que habían pasado á Persia, bajo la protección del gobierno persa adquirieron muy pronto para su teoría la preeminencia entre los cristianos de aquel país, porque los reyes de la dinastía sasánida aprovecharon para su política la enemistad entre este grupo de cristianos y el gobierno imperial, defensor de la escuela ortodoxa romana. El gobierno persa cesó también de perseguir á los cristianos, como había hecho antes con el pretexto de ser agentes del imperio romano. A la sombra de esta protección fué elegido obispo Barsumas, maestro expulsado de la escuela de Edesa por ser partidario de la nueva herejía. Este dió á la nueva Iglesia nestoriana su primera organización fija y oficial.

El cisma se hizo más temible cuando el mismo partido alejandrino, no satisfecho con la fórmula de Calcedonia, la rechazó abierta y hasta tumultuosamente, dando lugar con esta oposición decidida, y aun violenta, á que paso á paso los cristianos de toda la cuenca del Nilo, y luego también los de Siria y de Mesopotamia, y especialmente los de raza semítica, se declararan partidarios del monofisismo, ya por convicción, ya por aversión al elemento y carácter griegos que se enseñoreaban de su país y dominaban en sus iglesias. Hasta en la misma capital del imperio, en Constantinopla, esta teoría, que divinizaba la naturaleza de Jesucristo mucho más de lo que admitía la doctrina ortodoxa, adquirió durante el siglo V muchos prosélitos, y precisamente en las clases más distinguidas. El abismo entre ambas doctrinas se ahondó mucho más todavía en el reinado de Justiniano I, que durante mucho tiempo postergó y vejó sistemáticamente á los monofisistas, pero sin más resultado que exacerbar el fanatismo en ambos campos, hasta que las iglesias del Oriente propiamente dicho, que dependían de los patriarcas de Alejandría y de Antioquía, así como las de la Armenia, se pudieron presentar en la segunda mitad del siglo VI en frente de la Iglesia ortodoxa del imperio como miembros de una Iglesia nueva, lo cual no impidió que en el seno del monofisismo hubiese á su vez sectas y divergencias de doctrina.

Estas divisiones en tiempo de Cosroes II redundaron en gran provecho del rey de Persia, porque los cristianos nestorianos de su imperio, y principalmente los de la Mesopotamia, así como sus amigos de Siria le fueron muy adictos. Por lo mismo los reyes sasánidas favorecieron también á los monofisistas ó jacobitas como los llamaron muchos después de la muerte de su gran organizador Jacobo Baradaí (541-578), obispo de Edesa y natural de Siria, á los cuales cedió Cosroes II, entre otras muestras de su real favor, las iglesias de Edesa después de la toma de esta ciudad.

A esta protección oficial se agregó la larga separación del Egipto y de la Siria del imperio griego durante la cual se robusteció mucho la secta de los monofisistas, y se aumentaron también las divergencias nacionales y políticas entre estos países y el imperio bizantino; de suerte que cuando el emperador Heraclio se dedicó á restablecer la unión íntima entre unos y otros, le guiaba un motivo mucho más práctico y más político que la mera tendencia tradicional centralizadora y absolutista, y el afán de conseguir y mantener la llamada unidad religiosa. Sin embargo, empezó procediendo de una manera muy absoluta contra los nestorianos de la Mesopotamia, hasta que le convenció el sacerdote siríaco Atanasio, jefe poderoso de los monofisistas, de que el rigor no era el mejor sistema de acabar con el cisma y reconciliar á los cis-



Moneda de plata de Isiderges

El anverso representa el busto del soberano y el reverso el altar de fuego con sus guardianes. Se conserva en el gabinete numismático de Berlín

máticos de Oriente con la Iglesia griega ortodoxa. Entonces Heraclio proclamó una fórmula que creyó podían aceptar los dos bandos, á saber: que si en Jesucristo había dos naturalezas distintas pero unidas, tenía una sola voluntad de la cual resultaba un solo efecto. Este dogma mediador entre los cristianos ortodoxos y los monofisistas fué aceptado por muchos hombres de talento que se sentaban en el consejo del emperador, y lo que era más importante, por los patriarcas de Constantinopla y de Alejandría. Al mismo tiempo el autor de esta fórmula de conciliación, el cura Atanasio, fué elevado á patriarca de Antioquía; pero todos estos esfuerzos, continuados activamente hasta el año 639, se estrellaron al fin contra la repugnancia del espíritu nacional irreconciliable. El patriarca Sofronio de Jerusalén, monje fanático y uno de los adversarios más apasionados de la conciliación, tuvo la ocurrencia de inventar el apodo de monotelitas que aplicó al emperador y á los partidarios de la unión religiosa, y que pronto se generalizó y volvió á encender la tea de la discordia. El Pontífice de Roma y todo el Occidente se declararon contra Heraclio y contra la unión religiosa que trataba de establecer, con lo cual se robusteció todavía mucho más el número, ya muy grande, de adversarios que tenía dentro de la Iglesia ortodoxa del imperio.

El terreno no podía, pues, estar mejor preparado para facilitar la victoria á los hijos belicosos del desierto de Arabia cuando se dispusieron á entrar en la gran escena del mundo y conquistarlo á sangre y fuego para la religión del Islam, destinada á desempeñar un gran papel en la historia.

El nuevo profeta árabe, Mahoma, había muerto el 7 de junio de 632; y en seguida se precipitaron fuera de su país, animados de entusiasmo y fanatismo indescriptibles, los partidarios de la nueva fe, guiados primero por el califa Abu Bekr; y luego, desde el 23 de agosto de 634 por Omar, para conquistar y convertir los dos imperios caducos, la Persia y el bizantino. Heraclio vivía todavía cuando la embestida formidable de las masas mahometanas conmovió en sus cimien-